

“Petróleo barato, geopolítica y clima” (adaptado de *Política Exterior*, nº 163)

El precio del petróleo ha bajado más del 45 por cien a lo largo del 2014, en la mayor caída de los últimos cinco años. La OPEP, que controla un 41 por cien de la producción mundial, no ha podido reducir sus cuotas. Quiere decirse que la organización se mantendrá en la actual y suave tendencia expansiva, mientras que grandes países productores como Rusia, México, y Colombia, complican esta pugna comercial y global haciendo la guerra por su cuenta, vendiendo millones de barriles como Dios les da a entender. Los gigantes de la OPEP pelean en estos días, también quizá en los próximos meses, pero esperemos que no en años, por una necesidad vital para todos los productores: mantener la cuota. Es decir, precios bajos para defender, caiga quien caiga, esa cuota de mercado.

Hemos visto en 2014 lo que no era ni siquiera imaginable en 1988: una OPEP que ya no es lo que era, aunque pueda recuperar una parte de su peso.

[...]

Con este telón de fondo, el acuerdo presentado el 12 de noviembre de 2014 por los presidentes de Estados Unidos y China sobre la mitigación de emisiones por parte de sus países ha modificado el tablero de la política climática internacional. El acuerdo ha puesto fin a un profundo desencuentro que ha condicionado de manera muy negativa la agenda climática mundial.

Entre 1992 y 2014, la política climática internacional había naufragado en un mar de profundos desencuentros. Como consecuencia de la situación de bloqueo político, las emisiones continuaron creciendo a un ritmo muy elevado. La razón principal ha sido la ingente cantidad de carbón utilizada por el sistema energético chino que sustenta su modelo económico. El bloqueo venía condicionado por las posturas encontradas de las dos mayores economías mundiales.

La posición de la UE ha pivotado sobre dos ejes: hacia dentro, presentar resultados reales de mitigación, liderar desde el ejemplo. Hacia el exterior, atraer a una posición de responsabilidad a EE.UU. y China, sin quienes es imposible reconducir la crisis del clima. Los compromisos hechos públicos por China y EE.UU., si se llevan a la práctica de forma eficaz, arrastrarán consigo la trayectoria de las emisiones globales hacia un escenario menos disruptivo.

Es razonable pensar que de la Cumbre de París saldrá un acuerdo políticamente vinculante, si bien no cabe esperar que tenga rango de tratado jurídico internacional. En consecuencia, la filosofía con la que está madurando el posible acuerdo se basa en asegurar que las decisiones nacionales sean adoptadas por los gobiernos respectivos. Al no preverse la firma de un tratado internacional, la ejecución de las medidas descansará en la buena voluntad de los gobiernos de turno y estarán al albur de las contingencias económicas, sociales y políticas que surgirán en el camino.